

ESTRATEGIA GEOPOLÍTICA/ SI LA UNIÓN EUROPEA ASPIRA A RECUPERAR SU POSICIÓN EN LA ESCENA INTERNACIONAL, SUS DIRIGENTES TENDRÁN QUE HACER MUCHO MÁS QUE DECIR "NO".

La guerra en Irán ha dejado claro que el papel de Europa es el de mero espectador

ANÁLISIS por Ben Hall

Los líderes europeos han alzado la voz sobre la guerra de Irán y por una vez han hablado al unísono. La exigencia del presidente estadounidense Donald Trump de que los aliados de la OTAN intervinieran en una guerra que él inició sin un plan de salida ha provocado un rechazo inmediato de los países europeos.

Esta no es una guerra de Europa. Pero Europa sufrirá las consecuencias. A finales de la semana pasada, los ataques recíprocos contra instalaciones de gas natural a ambos lados del Golfo Pérsico dispararon los precios mundiales de la energía.

Las repercusiones económicas para Europa eclipsaron una cumbre de la UE. La unidad europea es valiosa, pero tiene sus límites.

El acuerdo nuclear de 2015 con Irán fue el logro diplomático más notable de la UE, antes de que Trump lo echara por tierra en 2018.

Por lo tanto, la pasividad de Europa ante la guerra librada por EEUU e Israel contra la República Islámica constituye un claro indicador de su menguante papel a nivel mundial.

Según Pierre Vimont, exdiplomático francés y primer director del Servicio Europeo de Acción Exterior, "los europeos se han convertido en observadores y comentaristas del panorama internacional. Ya no son protagonistas".

El rechazo inusualmente tajante de los líderes europeos a la petición de ayuda de Trump ha sido "catártico". Están aprendiendo a decir que no en lugar de callarse instintivamente o apaciguar a un presidente estadounidense errático.

Eso hace que se sientan bien si no



La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen.

hay consecuencias inmediatas. Pero puede que las haya.

La amenazante exigencia de Trump de que los europeos se involucraran en su guerra y ayudaran a abrir el estrecho de Ormuz también brindó a algunos países la oportunidad de aclarar su postura y su objetivo, sobre todo en el caso del canciller alemán Friedrich Merz, quien mostró algo de apoyo inmediatamente después de que EEUU e Israel iniciaran su ataque.

Pero la escalada del conflicto y la incapacidad de Trump para establecer objetivos estratégicos claros le hicieron cambiar de opinión, o al menos su mensaje.

La imprudencia de EEUU con respecto a Irán ha facilitado que los líderes de la UE desafíen a Trump y se unan para pedir una desescalada y el cese de las hostilidades.

También ha contribuido a reducir las diferencias que salieron a la luz al inicio del conflicto, cuando Pedro Sánchez criticó duramente a EEUU e Israel por considerar que el ataque constituye una violación del derecho internacional, mientras que otros, como Merz y la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, no lo condenaron.

La reacción inicial de Merz destacó: "Ahora no es el momento de dar lecciones a nuestros socios y aliados.

La pasividad de Europa ante la guerra de EEUU e Israel contra Irán indica su escaso papel a nivel global

A pesar de nuestras dudas, compartimos muchos de sus objetivos, aunque no estemos en condiciones de alcanzarlos nosotros mismos".

¿Se trata de diferencias tácticas sobre cómo tratar con Trump o representan algo más profundo? Anthony Dworkin, del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, sostiene que las respuestas inicialmente ambiguas de los líderes europeos "evidencian una pérdida de fe en un principio de orden internacional que los europeos tradicionalmente han considerado fundamental".

Multilateralismo

Por su parte, Nathalie Tocci, directora del Instituto de Asuntos Internacionales de Italia, ha escrito en el periódico *The Guardian* que "dado que Europa ha afirmado durante mucho tiempo que su identidad colectiva se basa en los derechos, la ley y el multilateralismo, ignorar estos principios equivaldría a erosionar el sentido colectivo de lo que es Europa y lo que quiere lograr en el mundo". En un artículo para *Le Grand Continent*, Guillaume Duval, antiguo redactor de discursos del exdirector de la diplomacia europea Josep Borrell, ha acusado a Von der Leyen de "apropiarse de la retórica de Donald Trump" en el discurso que pronunció ante los embajadores de la UE diez días después del inicio de la guerra con Irán.

Según Duval, la presidenta de la Comisión "pareció enterrar el derecho internacional y el multilateralis-

mo y considerarlos ahora obsoletos e irremediamente desfasados".

Duval reprocha a Von der Leyen no haber denunciado como ilegal el ataque de EEUU e Israel contra Irán, así como la siguiente declaración: "Europa ya no puede ser el guardián del viejo orden mundial, de un mundo que se ha ido y ya no volverá. Siempre defenderemos y mantendremos el sistema basado en normas que ayudamos a crear con nuestros aliados, pero ya no podemos confiar en él como la única vía para defender nuestros intereses ni suponer que sus normas nos protegerán de las amenazas complejas a las que nos enfrentamos".

Esto no me parece necesariamente un rechazo al derecho internacional ni al multilateralismo, sino más bien un reconocimiento de que Europa ya no puede depender de otros —es decir, de EEUU— para hacer cumplir las normas globales.

Necesita desarrollar su propia capacidad para proyectar fuerza y defender sus valores. Si no lo logra, su adhesión al derecho internacional resultará vacía y seguirá actuando simplemente como un observador, aunque con principios, de los acontecimientos mundiales.

Por último, Jacob Funk Kirkegaard, del grupo de expertos Bruegel, ha declarado a *Financial Times* que todo empezó con el intento de Europa de disuadir a Rusia de que dejara de atacar a Ucrania sin la participación de EEUU.

Hasta que no tenga éxitos, Europa no podrá tener influencia en crisis globales donde EEUU también tiene intereses. Visto de este modo, Alemania, con su derroche en gasto militar, está contribuyendo mucho más a defender los valores que Europa aprecia que España.

en el mar

guos con bandera estadounidense en lugar de construir otros nuevos, que cuestan entre tres y ocho veces más que los buques de construcción extranjera. Aun así, advierten que "la derogación de la Ley Jones ofrece una ventaja a corto plazo, pero aumenta la fragilidad a largo plazo. Sin requisitos de protección nacional, los operadores comprarían buques más baratos fabricados en el extranjero (y subvencionados por el Estado), dejando a EEUU sin una base manufacturera". De hecho, eso es prácticamente lo que ha sucedido en todos los ámbitos del transporte marítimo que quedan fuera del alcance de la ley: la industria está ahora dominada

por buques chinos. Tanto los investigadores de Vanderbilt como un informe de Open Markets sobre cómo salvar la construcción naval estadounidense argumentan que el verdadero problema radica en la incapacidad del gobierno para enviar señales de demanda contundentes a la industria mediante el respaldo financiero durante años y décadas. Garantizar la reconexión entre la construcción naval pública y privada siempre ha sido la única manera en que cualquier país ha logrado construir una armada, un sector marítimo comercial y una defensa sólidos. Pero vale la pena recordar por qué tenemos esta ley. A principios del siglo XX, EEUU de-

pendía peligrosamente de los cárteles navieros extranjeros (incluidos los de Reino Unido, que recibían subsidios estatales). El poder monopolístico de estas empresas disparó los precios del transporte marítimo de artículos básicos hasta 20 veces. Según Edward Hurley, entonces director de la Junta de Transporte Marítimo de EEUU, aunque existía cierta justificación [durante la Primera Guerra Mundial] para estos enormes aumentos en las tarifas de fletamento, los costos de los buques y los fletes, era evidente que habían sido inflados artificialmente. Esto refleja fielmente el poder monopolístico que ejercen hoy los mayores grupos navieros

del mundo, como MSC, Maersk, Cosco, Hapag-Lloyd y algunos más, que controlan el 90% de la capacidad de transporte marítimo mundial. Gracias al boom de los superpetroleros y el transporte de contenedores, cada vez son menos los barcos, pero de mayor tamaño, los que transportan la mayor parte de las mercancías del mundo (el 90% de las cuales se transportan por mar). Se trata de un sistema diseñado para la "eficiencia" en lugar de la resiliencia, sobre todo en esta nueva era bélica en la que un dron iraní de bajo costo puede destruir un petrolero en pocos minutos. Si los buques son, en efecto, la nueva moneda de cambio, como han afir-

mado las dos últimas administraciones estadounidenses, EEUU tendrá que replantearse por completo la forma en que incentiva y regula la construcción de nuevos buques. Se necesitan menos megapetroleros y fragatas, y más buques ágiles de doble uso, que se fabriquen en colaboración con socios (pocos países pueden construir buques por sí solos). Independientemente de si esto sucede o no, el cierre efectivo del estrecho de Ormuz acelerará aún más la búsqueda de nuevas rutas marítimas, por ejemplo, en el Ártico. En un mundo de conflictos entre grandes potencias, la flexibilidad equivale a seguridad.

Financial Times